

SEGUN DON MARIANO BAQUERO...

EL profesor va dejando una hoja del Comentario de Texto en cada mesa, mientras los últimos alumnos acaban de acomodarse en sus asientos. De vez en cuando levanta la vista para sorprender, con una rara complacencia que no acierta a explicarse, la ansiedad de una mirada perdida, la sonrisa desgastada de un rostro de bello perfil o el postre cuchicheo de unos labios retocados apresuradamente en el descanso. «Tienen ustedes que ponerle título, resumir el contenido, hacer un esquema de él y un comentario crítico –anuncia en voz alta el Presidente del Tribunal–. Usarán solamente un pliego y tienen, para todo, hora y media».

– Esto del «perspectivismo»... –¿Perspectivismo? La muchacha lo ha abordado con unos ojos cálidos e implorantes– ¿es... lo de la perspectiva... –titubea– el horizonte...?

La sola palabra, como un conjuro mágico, como el detonador de una carga explosiva abandonada en la cuneta de la vida, ha removido las aguas de antiguas y olvidadas torrenceras.

– Aquí..., esto... –insiste la muchacha tratando de fijar a unos reglones del texto una mirada extraviada ya en oscuros recovecos interiores.

«El buen escritor costumbrista es aquel que enseña a mirar y a descubrir, el que es capaz de elevar a gracia literaria la menuda anécdota de cada día, la cotidiana trivialidad de los tipos y ambientes que nos rodean. Para conseguir esto, el articulista suele utilizar un efecto perspectivístico: el ofrecer lo por todos conocido bajo una luz nueva y reveladora...»



Doña Carmen había traído inusitadas novedades que amenazaban con poner patas arriba la amodorrada Escuela de Magisterio: llamarnos de tú, organizar concursos literarios, publicar una revista, representar a Casona, manejar la Antología de Textos (aquel obligado apéndice del libro de Literatura cuya utilidad no habíamos logrado adivinar en cursos anteriores) y, lo que ya era el colmo, dedicar la mitad de la clase a explicar y leer. Y las márgenes del libro se hinchaban, hasta amenazar desbordarse, con argumentos, teorías y citas, tomados en letra pequeña e ininteligible.

– Según don Angel Valbuena...

– Según don Ramón Menéndez Pidal...

Pero eran los nombres de don Marcelino Menéndez y Pelayo y don Mariano Baquero los que, por su frecuencia, sobrenadaban con mucho, subrayados infinidad de veces, en aquel mar de tinta de estilográfica barata.

– Según don Marcelino Menéndez y Pelayo... –a propósito de Santillana, de Juan de Mena, de la Celestina, del Renacimiento, del Barroco, de Calderón, de Cervantes...

– Según don Mariano Baquero... –a propósito de la novela picaresca, de Cadalso, de Larra y Mesonero Romanos, de Clarín y la Pardo Bazán, de Miró y Pérez de Ayala...

A doña Carmen le gustaba llegar puntual a clase y acabar los programas, le gustaban los exámenes orales y las comparaciones entre escritores, pero sobre todo le gustaban las citas. Y nosotros, que lo sabíamos, no las escatimábamos:

– Bueno... las diferencias entre Azorín y Gabriel Miró... pues... según don Marcelino Menéndez y... –Y como los ojos de doña Carmen crecieran desmesuradamente por detrás de las gafas– quería decir, según don Mariano Baquero...

Así, clase a clase, fuimos elevando en un mismo pedestal, envolviendo en una misma aureola de sabiduría a aquellos dos nombres gemelos –siempre con el «don» delante– que se disputaban los autores del programa, la admiración de nuestra joven profesora y las márgenes de nuestros libros, y sin los cuales hubiéramos puesto en entredicho la existencia de Lope de Vega, Galdós o Pío Baroja, la existencia misma de la asignatura.

– ¿Dice usted el punto de fuga? –insiste la joven, tratando de encontrar el cabo que desenrolle la madeja de su confusión.

– No, no he dicho punto de fuga; he dicho «punto de vista».

– ¿Punto de vista? –repite sin convencimiento, esperando inútilmente alguna explicación más clarificadora.



«La importancia de la estructura es tal que incluso el estilo viene dado, no sólo por la peculiar escritura del autor, sino por la índole de la estructura de la misma obra. La estructura determina también las técnicas elegidas por el narrador para la composición de su novela. En definitiva, todo tiene su arranque en la mirada del escritor, en su individual visión, en su perspectiva. De los que el escritor quiere decir dependerá cómo lo diga: estilo, forma, perspectiva, estructura, técnica...»

Al joven recién llegado le duelen las articulaciones de los dedos de tanto escribir y aprovecha la pausa para dejar el bolígrafo. La notificación de la beca llegó tan tarde que apenas tuvo tiempo de despedirse en su escuela, hacer la maleta y coger el tren para Murcia. Le ha costado dar con el aula de Primero de Filosofía, allá arriba, tan escondida. Desde el final observa con extrañeza las paredes desconchadas, las diminutas ventanas pintadas de marrón con los cristales opacos de tan sucios, el mobiliario viejo, dispar y mugriento sobre el que se apretujan como sardinas ciento cuarenta universitarios afanados en copiar casi al dictado. Al fondo, tras una enorme cartera de cuero, emerge el busto del profesor, que se remueve inquieto en la butaca, que se tambalea, incluso, como si amenazara naufragar ante aquel turbulento oleaje de miradas. De vez en cuando baja la vista hacia sus apuntes, para clavarla después en el techo, primero a un lado, después a otro, buscando un cobijo inexistente. Un caprichoso mechón de pelo blanco añade, a la pulcritud y delicadeza de sus facciones y gestos, un sello de entereza y respetabilidad. Aunque un poco apagado por la distancia, el timbre metálico de su voz, algo forzada para hacerse oír, llega nítidamente, sobrevolando el mosaico de cabezas, a los oídos del joven recién llegado:

«Todo esto explica la importancia que en el arte medieval tiene el manejo de la alegoría y el símbolo, ya sea religioso, como en los *Milagros* de Berceo o la *Divina Comedia*, ya sea profano como en *Le Roman de la Rose* o la *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro. Aunque el simbolismo no es exclusivo del arte medieval, sino que aparece también en otros movimientos literarios, como en el Barroco, a finales del XIX, o en el mismo siglo XX. Ahora bien, la diferencia radica en que el simbolismo medieval es unívoco, porque cada cosa representa sólo a otra, y el contemporáneo tiene un sentido ambiguo o plurívoco, como podemos apreciar, por ejemplo, en los relatos de Kafka...»

Contrasta la seguridad de sus palabras y el rigor de sus explicaciones con el aire de desvalimiento, de fragilidad que emana de toda su figura. Y el joven recién llegado, que no puede seguirlo en su exposición, se siente en cambio súbita e inexplica-



blemente atraído por aquel hombre maduro de mirada huidiza, señero frente a la masa, quizá porque no hay dos soledades, por dispares que sean, que no se parezcan en algo.

– ¿Quién es? –le pregunta, intrigado, a su compañera.

– Don Mariano Baquero –cree oír en un susurro, mientras la cara de la muchacha bosqueja un gesto de extrañeza.

– ¿Quién? –vuelve a interrogar, incrédulo.

– ¡Quién va a ser! –exclama ella de mala gana, sin dejar de copiar– Don Mariano, don Mariano Baquero.

– El mismo de... –añade, pero no sabe como acabar la frase. Y, asombrado, vuelve a clavar su mirada en aquel rostro borroso por la distancia buscando en él la clave que hiciera verosímil el milagro, mientras, uno a uno, Menéndez Pelayo, Clarín, Cervantes, Hita, Berceo... van levantándose de sus sepulcros de papel donde los creyó enterrados desde siempre, como los reyes en el libro de Historia, y cobrando vida imperecedera. Desde aquel momento, el joven recién llegado a la Universidad ya nunca supo distinguir entre literatura y realidad.

«El escritor costumbrista ha de jugar, por tanto, a fingirse sorprendido por todo, a ser un poco el habitante ingenuo de un país cuyas costumbres le mantienen en constante gesto de estupor, a ser casi un extranjero en su patria. Todo ello supone una índole perspectivística que permite...»

– Oiga, por favor, esto de «costumbrista», ¿qué quiere decir?

– Eso –contesta evasivamente el profesor– hay que saberlo por Literatura.

Imposible hacer les comprender el magnetismo, el embrujo que emana de esos términos que tienen alma: perspectivismo, contraste, punto de vista, estructura...,

– ¿Yo nunca os dije que había sido mi profesor, recién llegado a Murcia?

– Nunca, doña Carmen.

pilares robustos cimentados durante toda una vida dedicada con pasión a la Enseñanza y a la Literatura,

– Es raro; de todas maneras, cuando vuelvas dale recuerdos míos. Nunca se olvida de sus alumnos, y yo le debo todo.

que hoy sustentan el admirable edificio de una obra crítica singular, levantada piedra a piedra, día a día, con rigor intelectual y sensibilidad de poeta.

Pero nunca se los dio. Nunca supo cómo iniciar la conversación con un profesor. Y don Mariano Baquero era más: era el profesor de sus profesores.

